



## XVI

El día siguiente transcurrió sin hostilidades. De una y otra parte estaban á la defensiva. Orso no salió de su casa, y la puerta de los Barricini estuvo constantemente cerrada. Se veía á los cinco gendarmes dejados de guarnición en Pietranera pasearse por la plaza y por los alrededores del pueblo, acompañados del guarda rural, único representante de la milicia urbana. El magistrado que reemplazaba al alcalde no abandonaba su banda; pero, salvo las troneras que se veían en las ventanas de las dos casas enemigas, nada indicaba guerra. Sólo un corso hubiera notado que en la plaza, alrededor de la encina, no se veían más que mujeres.

A la hora de la cena, Colomba enseñó á su hermano con aire de alegría la siguiente carta que acababa de recibir de miss Nevil:

«Mi querida señorita Colomba, me entero con mucho placer, por una carta de vuestro hermano, que vuestras enemistades han concluído. Recibid mi enhorabuena. Mi padre no puede ya sufrir

—Mi dulce Colomba, dijo levantándose de la mesa, temo que seas el diablo en persona: pero está tranquila. Si no consigo hacer colgar á los Barricini, hallaré medio de terminar con ellos de otra manera. ¡Bala caliente ó hierro frío! Ya ves que no he olvidado el corso.

—Lo más rápido sería lo mejor, dijo Colomba suspirando. ¿Qué caballo montaréis mañana, Ors' Antón'?

—El negro. ¿Por qué me lo preguntas?

—Para mandar le den cebada.

Habiéndose retirado Orso á su habitación, Colomba mandó á acostar á Saveria y á los pastores, y quedó sola en la cocina donde se preparaba el *bruccio*. De cuando en cuando, escuchaba y parecía esperar con impaciencia á que su hermano se hubiese acostado. Cuando lo creyó dormido, cogió un cuchillo, se aseguró que cortaba bien, se calzó unos gruesos zapatos, y sin hacer el menor ruido entró en el jardín.

El jardín, cercado de paredes, lindaba con un terreno bastante extenso, cercado de vallados, donde se ponían los caballos, porque los caballos corsos no conocen mucho la cuadra. En general, se sueltan en un campo, y con su inteligencia se buscan comida y abrigo contra el frío y la lluvia. Colomba abrió la puerta del jardín con la misma precaución, entró en el cercado, y silbando dulcemente atrajo cerca de ella á los caballos, á los que con frecuencia llevaba pan y sal. En cuanto tuvo á su alcance al caballo negro, lo cogió fuertemente por la crin y le atravesó la oreja con su cuchillo. El caballo dió un bote terrible y huyó dejando oír ese grito agudo que un vivo dolor arranca algunas veces á los animales de su especie. Satisfecha entonces, entraba Colomba en el jardín, cuando Orso abrió la ventana y exclamó: «¿Quién anda ahí?» Al mismo tiem-

po oyó que montaba el gatillo. Afortunadamente para ella, la puerta del jardín estaba en una completa obscuridad, y una gran higuera la cubría en parte. En seguida, por las luces intermitentes que vió brillar en la habitación de su hermano, dedujo que iba á encender su lámpara. Se apresuró á cerrar la puerta del jardín, y deslizándose á lo largo de las paredes, de modo que su traje negro se confundiese con el sombrío follaje de las espalderas, consiguió entrar en la cocina algunos momentos antes que apareciese Orso.

—¿Qué sucede? le preguntó ella.

—Me ha parecido, respondió Orso, que habían abierto la puerta del jardín.

—Imposible. Hubiera ladrado el perro. Sin embargo, vamos á ver.

Orso dió la vuelta al jardín, y después de haberse cerciorado de que la puerta exterior estaba bien cerrada, un poco avergonzado de su falsa alarma, se dispuso á volver á su cuarto.

—Me gusta ver, hermano mío, dijo Colomba, que os hacéis prudente, cosa muy necesaria en la posición en que estáis.

—Tú me formas, respondió Orso. Buenas noches.

Por la mañana, con el alba, se levantó Orso dispuesto á partir. Su traje anunciaba á la vez la pretensión á la elegancia de un hombre que va á presentarse á una mujer á la que quiere agradar, y la prudencia de un corso en venganza.

Por encima de una levita azul muy ajustada al talle, llevaba en bandolera una pequeña lata conteniendo cartuchos, suspendida de un cordón de seda verde; su estilete estaba colocado en un bolsillo del costado, y llevaba á la mano el hermoso fusil Manton cargado con balas. Mientras que á la ligera tomaba una taza de café servido

por Colomba, había salido un pastor á ensillar y embriar el caballo. Orso y su hermana le siguieron de cerca y entraron en el cercado. El pastor se había apoderado del caballo, pero había dejado caer silla y brida, y parecía sobrecogido de horror, mientras que el caballo, que se acordaba de la herida de la noche precedente y temía por su otra oreja, se encabritaba, cozeaba, y relinchaba, haciendo gran ruido.

—¡Vamos, despacha! le gritó Orso.

—¡Ah! ¡Ors' Anton'! ¡ah! ¡Ors' Anton'! exclamó el pastor, ¡sangre de la Madone!, etc.

Eran imprecaciones sin número y sin fin, de las cuales la mayor parte no podrían traducirse.

—¿Qué ha sucedido pues? preguntó Colomba.

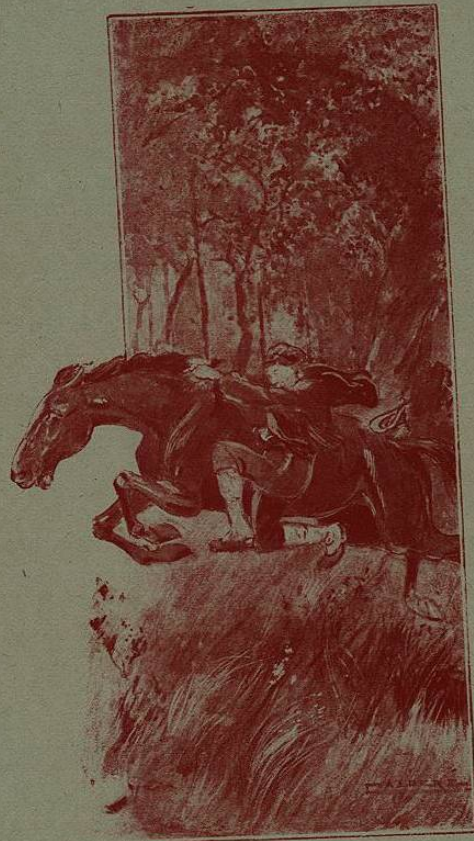
Todos se aproximaron al caballo, y, viéndolo ensangrentado, con la oreja atravesada, se dejó oír una exclamación general de sorpresa é indignación.

Precisa saber que mutilar el caballo de su enemigo es, para los corsos, á la vez que una venganza, un desafío y una amenaza de muerte. «Sólo un balazo es capaz de hacer expiar este crimen». Aunque Orso, que había vivido largo tiempo en el continente, sintiese menos que otro la enormidad del ultraje, sin embargo, si en aquel momento algún barricinista se hubiese presentado á él, es probable que le hubiera hecho expiar inmediatamente un insulto que atribuía á sus enemigos.

—¡Los infames cobardes! exclamó; ¡vengarse en un pobre animal, cuando no se atreven á buscarme de frente!

—¿Qué esperamos? repuso Colomba impetuosamente. ¿Vienen á provocarnos, á mutilar nuestros caballos, y no le responderemos? ¿Sois hombres?

—¡Venganza! respondieron los pastores. Pa-



seemos el caballo por el pueblo y demos el asalto á su casa.

—Hay un hórreo cubierto de paja que toca á su torre, dijo el viejo Polo Griffó, y en un decir Jesús yo la haré arder.

Otro propuso ir á buscar las escaleras del campanario de la iglesia; un tercero, forzar las puertas de la casa Barricini por medio de una viga colocada en la plaza y destinada á algún edificio en construcción. En medio de todas estas voces furiosas, se oía la de Colomba anunciando á sus satélites que antes de entrar en acción, cada uno iba á recibir de ella un gran vaso de anísete.

Desgraciadamente, ó, mejor dicho, afortunadamente, el efecto que se había prometido de su crueldad para con el pobre caballo, estaba perdido en gran parte para Orso. El no dudaba que esta mutilación salvaje fuese obra de uno de sus enemigos, y la atribuía principalmente á Orlanduccio; pero no creía que este joven, provocado y golpeado por él, hubiese borrado su vergüenza atravesando la oreja á un caballo. Al contrario, esta baja y ridícula venganza aumentaba su desprecio para sus adversarios, y pensaba ahora como el prefecto, que tales gentes no merecían medirse con él. Tan pronto como pudo hacerse oír, declaró á sus partidarios confundidos que renunciaban á sus bélicas intenciones, pues que la justicia, que iba á llegar, vengaría muy bien la oreja de su caballo.

—Yo soy aquí el dueño, agregó con severo tono, y espero que se me obedezca. El primero que se atreva á hablar aún de matar ó quemar, será fácil que lo queme yo á su vez. ¡Vamos! que me ensillen el caballo gris.

—¡Cómo, Orso! dijo Colomba llevándolo aparte, ¿sufrió que se nos insulte? En vida de nues-

tro padre, nunca hubiesen osado los Barricini mutilar uno de nuestros animales.

—Yo te prometo que tendrán motivo para arrepentirse; pero los gendarmes y los carceleros son los que tienen que castigar á los miserables que sólo tienen valor contra los animales. Ya te lo he dicho, la justicia me vengará de ellos... ó si no... no tendrás necesidad de recordarme de quién soy hijo...

—¡Paciencia! dijo Colomba suspirando.

—Ten muy presente, hermana mía, prosiguió Orso, que si á mi vuelta me entero que se ha hecho alguna demostración contra los Barricini, no te lo perdonaré nunca. Después, con un tono más dulce, agregó: Es muy posible, hasta muy probable, que vuelva con el coronel y su hija; haz de modo que sus habitaciones estén en orden, que el almuerzo sea bueno, en fin, que nuestros huéspedes estén lo menos mal posible. Es muy bueno tener valor, Colomba, pero es mejor aun que una mujer sepa tener una casa. Vaya, abrázame, y sé prudente; he ahí el caballo gris ya ensillado.

—Orso, dijo Colomba, no partiréis solo.

—No necesito á nadie, exclamó Orso, y te respondo que no me dejaré cortar la oreja.

—¡Oh! de ningún modo os dejaré partir solo en tiempo de guerra. ¡Eh! ¡Polo Griffó! ¡Gian' Fancé! ¡Memmo! coged vuestros fusiles; vais á acompañar á mi hermano.

Después de una discusión bastante viva, tuvo que resignarse Orso á hacerse acompañar de una escolta.

Escogió entre sus pastores más belicosos, á los que habían aconsejado la guerra; y después de haber renovado sus mandamientos á su hermana y á los pastores que quedaban, se puso en cami-

no tomando esta vez un rodeo para evitar la casa Barricini.

Ya estaban lejos de Pietranera, y marchaban con gran prisa, cuando al pasar un pequeño arroyo que se perdía en un pantano, el viejo Polo Griffó observó algunos cerdos confortablemente acostados en el cieno, gozando á la vez del sol y de la frescura del agua. En seguida, apuntando al más gordo, le disparó, dándole en la cabeza y dejándolo tendido. Los compañeros del muerto se levantaron y huyeron con una ligereza sorprendente; y aunque el otro pastor hizo fuego á su vez, ganaron sanos y salvos la maleza, donde desaparecieron.

—¡Imbéciles! exclamó Orso; confundís los jabalíes con los cerdos.

—No, Ors' Anton', respondió Polo Griffó; pero esa piara pertenece al abogado, y es para enseñarle á mutilar nuestros caballos.

—¡Cómo, cobardes! repuso Orso transportado de furor; ¡imitáis las infamias de nuestros enemigos! Dejadme, miserables. No os necesito. Sólo sois buenos para batiros contra cerdos. ¡Juró á Dios que si osáis seguirme os rompo la cabeza!

Los dos pastores se entremiraron sobrecogidos; Orso espoleó su caballo y desapareció al galope.

—¡Bien! dijo Polo Griffó, ¡buena la hemos hecho! ¡Amad á las gentes para que os traten así! El coronel, su padre, te quería porque apuntastes una vez al abogado... ¡Gran animal fuisteis por no haber disparado!... Y el hijo... ya ves lo que he hecho por él... Habla de romperme la cabeza como se hace con una calabaza cuando no tiene más vino. He ahí lo que se aprende en el continente, Memmo.

—Sí, y si se sabe que has matado ese cerdo te

harán un proceso, y Ors' Anton' no querrá hablar á los jueces ni pagar al abogado. Afortunadamente nadie te ha visto, y santa Nega está ahí para sacarte del compromiso.

Después de una corta deliberación, los dos pastores convinieron que lo más prudente era echar el cerdo en un barranco; proyecto que pusieron en ejecución, pero después de haber tomado cada uno algunas chuletas de la inocente víctima del odio de los della Rebbia y los Barricini.



## XVII

Desembarazado de su indisciplinada escolta, Orso continuaba su camino, más preocupado con el placer de volver á ver á miss Nevil que del temor de encontrar á sus enemigos. «El pleito que voy á tener con esos miserables Barricini, se decía, va á obligarme á ir á Bastia. ¿Por qué no acompañaré á miss Nevil? ¿Por qué, de Bastia, no iríamos juntos á las aguas de Orezza?» De repente, recuerdos de la infancia le recordaron este pintoresco lugar. Se creyó transportado á un verde prado al pie de castaños seculares. Sobre un césped de una hierba lustrosa, salpicada de flores azules semejantes á ojos que le sonreían, veía á miss Lydia sentada cerca de él. Ella se había quitado su sombrero, y sus rubios cabellos, más finos y suaves que la seda, brillaban como el oro al sol, que penetraba á través del follaje. Sus ojos, de un azul tan puro, le parecían más azules que el firmamento. Con la mejilla apoyada en una mano, escuchaba muy pensativa las palabras de amor que él le dirigía temblando. Tenía puesta la bata de muselina que llevaba el último día que la vió en Ajaccio. Bajo los pliegues de esta bata asomaba un pequeño pie cal-

zado con un zapato de raso negro. Orso se decía que sería muy feliz besando aquel pie; pero una de las manos de miss Lydia no estaba enguantada, y tenía una margarita. Orso le cogía la margarita, y la mano de Lydia apretaba la suya; y él besaba la margarita, y después la mano, y ella no se enfadaba... Y todos estos pensamientos le impedían prestar atención al camino que seguía, y sin embargo trotaba siempre. Iba por segunda vez á besar en su imaginación la blanca mano de miss Nevil, cuando creyó besar en realidad la cabeza de su caballo que se paró de repente. Era que la pequeña Chilina le atajaba el camino y le cogía la brida.

—¿Dónde vais, así, Ors' Anton'? decía. ¿No sabéis que vuestro enemigo está cerca de aquí?

—¡Mi enemigo! exclamó Orso furioso de verse interrumpido en un momento tan interesante. ¿Dónde está?

—Orlanduccio está cerca de aquí. Os espera. Volveos, volveos.

—¡Ah! ¡me espera! ¿Tú lo has visto?

—Sí, Ors' Anton', yo estaba tendida en el hellecho cuando pasó. Miraba á todos lados con su antejo.

—¿De qué lado iba?

—Descendía por allí, en la misma dirección que lleváis.

—Gracias.

—Ors' Anton', ¿no haríais bien esperando á mi tío? No puede tardar y con él estaríais seguro.

—No tengas miedo, Chili, no tengo necesidad de tu tío.

—Si queréis, yo iré delante de vos.

—Gracias, gracias.

Y Orso, impulsando su caballo, se dirigió rápidamente del lado que la niña le había indicado.

Su primer movimiento había sido un ciego transporte de furor, y se dijo que la fortuna le ofrecía una excelente ocasión de corregir á aquel cobarde que mutilaba un caballo para vengarse de una bofetada. Después, siempre avanzando, la especie de promesa que había hecho al prefecto, y sobre todo al temor de faltar á la visita de miss Nevil, cambiaban sus disposiciones y le hacían casi desear no encontrar á Orlanduccio. Pero en seguida el recuerdo de su padre, el insulto hecho á su caballo, y las amenazas de los Barricini encendían su cólera, y le excitaban á buscar á su enemigo para provocarle y obligarle á batirse. Agitado así por resoluciones contrarias, continuaba marchando adelante, pero, ahora, con precaución, examinando los zarzales y los vallados, y hasta deteniéndose á veces para escuchar los vagos ruidos que se oyen en el campo. Diez minutos después de haberse separado de la pequeña Chilina (eran entonces próximamente las nueve de la mañana), se encontró al borde de un ribazo extremadamente pendiente. El camino, ó mejor dicho, el sendero apenas trazado que seguía, atravesaba un bosquecillo recientemente quemado. En aquel lugar la tierra estaba cargada de cenizas blancuzcas, y aquí y allá algunos arbolillos y árboles grandes ennegrecidos por el fuego y enteramente despojados de sus hojas se tenían en pie, aunque habían dejado de vivir. Viendo un monte quemado, se cree uno transportado á un paraje del Norte en medio del invierno, y el contraste de la aridez de los lugares que la llama ha recorrido, con la fecunda vegetación de los alrededores, los hace parecer aún más tristes y desolados. Pero en este paisaje Orso no veía en este momento más que una cosa, importante, es verdad, en su posición: estando la tierra desnuda no podía ocultar una emboscada, y el que puede te-

mer á cada instante ver salir de unas malezas un cañón de fusil dirigido contra su pecho, mira como una especie de oasis un terreno llano, donde nada detiene la vista. Al monte quemado sucedían varios campos de cultivo, cercados, según costumbre del país, de muros de piedras sobrepuestas. El sendero pasaba entre los cercados, donde enormes castaños, plantados confusamente, presentaban de lejos la apariencia de un bosque frondoso.

Obligado por la rapidez de la pendiente á echar pie á tierra, Orso, que había dejado la brida sobre el cuello de su caballo, descendía rápidamente resbalándose sobre la ceniza; y sólo estaba á veinticinco pasos de uno de los cercados de piedra á la derecha del camino, cuando observó, precisamente enfrente de él, primero un cañón de fusil, y después una cabeza asomando por la cresta del muro. El fusil se bajó, y reconoció á Orlanduccio pronto á hacer fuego. Orso fué rápido en ponerse á la defensiva, y los dos, apuntándose, se miraron algunos segundos con esa emoción punzante que el más valiente experimenta en el momento de dar ó recibir la muerte.

—¡Miserable, cobarde! exclamó Orso...

Aún hablaba cuando vió la llama del fusil de Orlanduccio, y casi al mismo tiempo un segundo tiro sonó á su izquierda, del otro lado del sendero, disparado por un hombre que no había percibido, y que le apuntaba, apostado detrás de otro muro. Las dos balas le alcanzaron: una, la de Orlanduccio, le atravesó el brazo izquierdo, que le presentaba al apuntarle; la otra le dió en el pecho, desgarrándole la ropa, pero, encontrando afortunadamente la hoja de su estilete, se aplastó y sólo le produjo una ligera contusión. El brazo izquierdo de Orso cayó inmóvil á lo largo de su muslo, y el cañón de su fusil se bajó





un instante; pero lo levantó en seguida, y, dirigiendo su arma solamente con su mano derecha, hizo fuego sobre Orlanduccio. La cabeza de su enemigo, que sólo descubría hasta los ojos, desapareció detrás del muro. Orso, volviendo á su izquierda, disparó su segundo tiro sobre un hombre rodeado de humo que apenas percibía. A su vez, esta figura desapareció. Los cuatro disparos se habían sucedido con una rapidez increíble, y jamás soldados ejercitados emplearon menos intervalo en un fuego de fila. Después del último disparo de Orso, todo quedó en silencio. El humo salido de su arma subía lentamente hacia el cielo; ningún movimiento detrás del muro, ni el más ligero ruido. Sin el dolor que sentía en el brazo, hubiera podido creer que aquellos hombres sobre los que acababa de disparar eran fantasmas de su imaginación.

Esperando una segunda descarga, Orso dió algunos pasos para colocarse detrás de uno de los árboles quemados que habían quedado de pie en el monte. Detrás de este abrigo, colocó su fusil entre sus rodillas y lo cargó con presteza.

Sin embargo, su brazo le hacía sufrir cruelmente, pareciéndole un enorme peso. ¿Qué había sido de sus adversarios? No podía comprenderlo. Si habían huído, si habían sido heridos, seguramente hubiera oído algún ruido, algún movimiento en el follaje. ¿Estaban quizás muertos, ó mejor, no esperaban, al abrigo de los muros, la ocasión de tirar nuevamente sobre él? En esta incertidumbre, y sintiendo disminuir sus fuerzas, puso en tierra la rodilla derecha, apoyó sobre la otra su brazo herido y se sirvió de una rama que partía del tronco del árbol quemado para sostener su fusil. El dedo en el gatillo, la vista fija en el muro, y el oído atento al menor ruido, quedó inmóvil durante algunos minutos

que le parecieron un siglo. Por fin, muy lejos detrás de él, un grito apagado se dejó oír, y muy pronto un perro, descendiendo el ribazo con la rapidez de una flecha, se detuvo á su lado moviendo la cola. Era Brusco, el discípulo y compañero de los bandidos, anunciando sin duda la llegada de su amo; y jamás hombre honrado fué esperado con más impaciencia. El perro, con el hocico en el aire, vuelto del lado del cercado más próximo, olfateaba con inquietud. De repente dejó oír un sordo gruñido, tranqueó el muro de un salto, y casi en seguida apareció en la alto, desde donde se puso á mirar fijamente á Orso, expresando en sus ojos la sorpresa tan claramente como un perro puede hacerlo; después empezó á olfatear el aire, esta vez en la dirección del otro cercado, cuya pared saltó también. Al cabo de un segundo, reapareció en la cresta, demostrando el mismo aire de admiración y de inquietud; saltó al monte, con el rabo entre las piernas, mirando siempre á Orso y alejándose de él á paso lento, con una marcha de lado, hasta que se encontró á alguna distancia. Entonces, recobrando su carrera, subió el ribazo casi tan pronto como lo había bajado, al encuentro de un hombre que avanzaba rápidamente á pesar de la mucha pendiente.

—¡A mí, Brando! exclamó Orso en cuanto lo creyó al alcance de su voz.

—¡Oh! ¡Ors' Anton'! ¡estáis herido! le preguntó Brandolaccio corriendo todo jadeante. ¿En el cuerpo ó en los miembros?

—En el brazo.

—¡En el brazo! eso no es nada. ¿Y el otro?

—Creo haberle dado.

Brandolaccio, siguiendo á su perro, corrió al cercado más próximo y se inclinó para mirar al otro lado del muro. Allí, quitándose su gorro:

—Salud al señor Orlanduccio, dijo. Después, volviéndose al lado de Orso, le saludó á su vez con aire grave:

—He ahí, dijo, lo que se llama un hombre propiamente acomodado.

—¿Vive aún? preguntó Orso respirando con trabajo.

—¡Oh! se guardaría muy bien; tiene mucha tristeza por la bala que le habéis metido en el ojo. ¡Sangre de la Madona, qué agujero! ¡Buen fusil, á fe mía! ¡Qué calibre! ¡Eso desbarata un cerebro! Escuchad, Ors' Anton', cuando oí al principio ¡pif! ¡pif! me dije: ¡Vive Dios! matan á mi teniente. Después oigo ¡bum! ¡bum! ¡Ah! exclamé, he ahí el fusil inglés que habla: él responde... Pero, Brusco, ¿qué es lo que me quieres?

El perro lo guió al otro cercado.

—¡Perdonad! exclamó Brandolaccio estupefacto. ¡Golpe doble! ¡nada más que eso! ¡Peste! bien se conoce que la pólvora está cara, porque la economizáis.

—¡Qué hay, en nombre de Dios! preguntó Orso.

—¡Vamos! ¡no os hagáis el inocente, mi teniente! echáis la caza por tierra, y queréis que se os la recoja... ¡He ahí uno que va á tener hoy mal postre! el abogado Barricini. ¡Carne de carnicería, si quieros, ahí tienes! ¿Quién diablo heredará ahora?

—¡Pero qué! ¿Vincentello está también muerto?

—Muy muerto. ¡Buena salud para nosotros! Lo que hay de bueno con vos, es que no le hacéis sufrir. Venid á ver á Vincentello: aun está de rodillas, con la cabeza apoyada contra el muro. Parece que está dormido. Sueño de plomo. ¡Pobre diablo!

Orso volvió la cabeza con horror.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—Sois como Sampiero Corso, que no dió nunca más que un golpe. ¿Veis, ahí..., en el pecho, á la izquierda? Mirad, como Vincileone fué atrapado en Waterloo. Apostaría á que la bala no está lejos del corazón. ¡Golpe doble! ¡Ah! no me mezclo ya en tirar. ¡Dos en dos tiros!... ¡Con bala!... ¡Los dos hermanos!... Si hubiese tenido un tercer tiro, hubiera matado al papa... Otra vez se hará mejor... ¡Qué golpe, Ors' Anton'! ¡Y decir que no ocurrirá nunca á un valiente como yo, dar golpe doble sobre gendarmes!

Sin dejar de hablar, el bandido examinaba el brazo de Orso y atravesaba la manga con su estilete.

—Esto no es nada, dijo. He ahí una chaqueta que dará trabajo á la señorita Colomba... ¡Eh! ¿qué es lo que veo? ¿ese desgarrón en el pecho?... ¿No ha entrado nada por ahí? No, no estaríais tan gallardo. Veamos, procurad mover los dedos... ¿Sentís mis dientes cuando os muerdo el dedo pequeño? ¿No mucho?... Es igual, eso no será nada. Dejadme coger vuestro pañuelo y vuestra corbata... Vuestra chaqueta está perdida... ¿Por qué diablo os la hacéis tan buena? ¿Ibais á la boda?... Vaya, bebed una gota de vino... ¿Por qué no traéis la calabaza? Un corso no debe salir nunca sin ella.

Después, á mitad de la cura, se interrumpía para exclamar:

—¡Golpe doble! ¡los dos muertos rígidos! El cura es el que va á reir... ¡golpe doble! ¡Ah! he ahí al fin la pequeña tortuga Chilina.

Orso no respondía. Estaba pálido como un cadáver, y temblaban todos sus miembros.

—Chili, exclamó Brandolaccio, ve á mirar detrás de ese muro. ¿Eh?

La niña, ayudándose con los pies y las manos, trepó por la pared, y en cuanto percibió el cadáver de Orlanduccio, hizo el signo de la cruz.

—Eso no es nada, continuó el bandido; ves á ver más lejos, allá abajo.

La niña hizo un nuevo signo de cruz.

—¿Fuisteis vos, tío mío? preguntó tímidamente.

—¡Yo! ¿no ves que soy un viejo que no sirve para nada? Chili, es obra del señor. Hazle tus cumplidos.

—La señorita se alegrará mucho, dijo Chilina, pero al mismo tiempo se disgustará al saber que estáis herido, Ors' Anton'.

—Vamos, Ors' Anton', dijo el bandido después de haber terminado la cura, Chilina ha atrapado vuestro caballo. Montad y venid conmigo al monte de la Stazzona. Ya sabéis á quién encontraréis allí. Os trataremos como mejor podamos. Cuando estemos en la cruz de Santa Cristina, será necesario echar pie á tierra. Daréis vuestro caballo á Chilina, que irá á prevenir á la señorita, y al mismo tiempo la encargaráis de vuestras comisiones. Podéis confiar todo á la pequeña, Ors' Anton': se dejaría descuartizar antes que traicionar á sus amigos. Y con un tono de ternura, decía: ¡Vaya!, ¡picara, excomulgada seas, maldita seas, bribona! Brandolaccio, supersticioso como muchos bandidos, temía fascinar á los niños dirigiéndoles bendiciones ó elogios, porque se sabe que las misteriosas potencias que presiden el *Annocchiatura* tienen la mala costumbre de ejecutar lo contrario de nuestros deseos.

—¿Dónde quieres tú que yo vaya, Brando? dijo Orso con voz apagada.

—¡Voto á!... tenéis donde escoger: á la cárcel ó al monte. Pero un della Rebbia no conoce el

camino de la prisión. ¡Al monte, Ors' Anton'!

—¡Adiós, pues, todas mis esperanzas! exclamó dolorosamente el herido.

—¿Vuestras esperanzas? ¡Diantre! ¿esperabais hacer más con un fusil de dos tiros?... ¡Ah! ¿cómo diablo os han tocado? Es preciso que esos buenos mozos tuvieran la vida más dura que los gatos.

—Ellos tiraron primero, dijo Orso.

—Es verdad, olvidaba... ¡Pif! ¡pif! ¡bum! ¡bum!... ¡doble golpe con una mano!... ¡Si hay quien lo haga mejor, me dejo colgar! Vamos, ya estáis montado... Antes de partir, fijaos un poco en vuestra obra. No está bien abandonar así la compañía sin decirle adiós.

Orso espoleó á su caballo; por nada del mundo hubiese querido ver á los desgraciados á quienes acababa de dar la muerte.

—Mirad, Ors' Anton', dijo el bandido apoderándose de la brida del caballo, ¿queréis que os hable con franqueza? Pues bien, sin ofenderos, esos dos pobres jóvenes me causan pena. Os ruego me perdonéis... ¡Tan hermosos... tan fuertes... tan jóvenes!... Orlanduccio, con el que tantas veces he cazado... Me dió, hace cuatro días, un paquete de cigarros... ¡Vincentello, que estaba siempre de tan buen humor!... Es verdad que habéis hecho lo que debíais hacer... y además, el golpe ha sido muy bueno para que se sienta... Pero yo, no creía en vuestra venganza... Sé que tenéis razón; cuando se tiene un enemigo, hay que deshacerse de él. Pero los Barricini, era una antigua familia...

Haciendo así la oración fúnebre de los Barricini, Brandolaccio conducía con presteza á Orso, Chilina y el perro Brusco hacia el monte de la Stazzona.



## XVIII

Entretanto, Colomba, poco después de la salida de Orso, supo por sus espías que los Barricini estaban en el campo, y, desde aquel momento, fué presa de una viva inquietud. Se la veía recorrer la casa en todos sentidos, yendo de la cocina á las habitaciones preparadas para sus huéspedes, no haciendo nada y siempre ocupada, deteniéndose sin cesar para ver si distinguía en el pueblo algún movimiento inusitado. Hacia las once, una cabalgata bastante numerosa entró en Pietranera; eran el coronel, su hija, sus criados y el guía. Al recibirlas, la primera palabra de Colomba, fué: «¿Habéis visto á mi hermano?» Después preguntó al guía qué camino habían tomado y á qué hora habían salido; y, por sus respuestas, no podía comprender cómo no se habían encontrado.

—Quizás vuestro hermano tomara por lo alto, dijo el guía; nosotros hemos venido por abajo.

Pero Colomba movía la cabeza y renovaba sus preguntas. A pesar de su natural firmeza, aumentada aún por el orgullo de ocultar toda debilidad á los extranjeros, le era imposible disimular sus inquietudes, y muy pronto hizo que las compartieran el coronel, y sobre todo miss Lydia, cuando los puso al corriente de la tentativa de

UNIVERSIDAD DE BILBAO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO XIII"  
Apto. 1625 MONTEARRICAY, 1923